

Ignacio Sotelo

# La cuestión alemana

El tema del curso que dio en la Fundación Juan March, entre los días 19 y 28 de febrero, el profesor Ignacio Sotelo, catedrático de Ciencias Políticas de la Universidad Libre de Berlín, fue el de *La cuestión alemana* («Die deutsche Frage»). Qué ocultaba esa fórmula, «ya casi ritual en la historiografía alemana», y a qué temas aludía esa expresión es a lo que dedicó el comienzo de su intervención, y así, tras haber definido la «cuestión alemana», poderse ocupar de «Del Congreso de Viena (1815) a la fundación del Imperio (1871)» (el 19 de febrero); de «De la 'cuestión' a la 'tragedia alemana': de Bismarck a Hitler» (el 21 de febrero); de «Surgimiento y consolidación de dos Estados alemanes» (el 26 de febrero); y de «La unificación de Alemania: causas y consecuencias» (el 28 de febrero). Se ofrece a continuación un amplio resumen de las cuatro conferencias pronunciadas por Ignacio Sotelo.

Para entrar en el tema, nada mejor que empezar por describir algunos de sus contenidos. El principal consiste seguramente en la difícil y problemática unificación política de la nación alemana, aspecto en el que nos vamos a centrar, pero que incluye otros, adheridos a este problema crucial, tales como la indefinición de las fronteras, colocada en el centro de Europa sin límites naturales, entre el mundo latino al sur y el eslavo al este (Alemania es, sin duda, el país europeo que más veces ha modificado sus fronteras en los dos últimos siglos, sin que nadie pueda estar convencido de que las actuales sean las definitivas). O el tan cuestionado carácter nacional de los alemanes, sobre cuyas virtudes y defectos tanto se ha escrito dentro y fuera de Alemania. O ya desde una óptica interna la *cuestión alemana* se refiere a las muchas dificultades que los alemanes han tenido a la hora de definir una identidad propia. Como escribió Nietzsche, «en los alemanes, la cuestión de saber lo que es alemán no pierde *nunca actualidad*, se trata de uno de sus rasgos típicos», comentario que todavía es más atinado, si cabe, después de los 12 años de la tiranía nazi.

Una experiencia trágica de tal en-

vergadura marca definitivamente a un pueblo que no puede ya dejar de preguntarse por su responsabilidad histórica y colectiva. Remozada por esta experiencia en Alemania se siguen discutiendo los vericuetos por los que ha transcurrido la formación de una conciencia nacional, incluso si existe, y en caso de que exista, si debería existir, y en qué condiciones.

Al terminar la segunda guerra mundial, la *cuestión alemana* se centra en la pregunta angustiada de que ¿cómo fue posible el nacionalsocialismo? ¿Cómo un pueblo que había alcanzado tal grado de desarrollo económico y social, orgulloso de sus creaciones culturales, hubiera podido llegar a tal grado de barbarie?

Si nos colocamos en la posición de los pueblos vecinos, la *cuestión alemana* subraya otra dimensión: la fuerza creciente de Alemania; su vertiginoso crecimiento económico y militar se vive en Europa como una amenaza. Durante dos siglos la división de Alemania se ha considerado requisito esencial para conservar la paz en Europa.

Ya con una primera enumeración rápida de los muchos temas que contiene la *cuestión alemana* se habrá caído en la cuenta de que plantearla

conlleve, como trasfondo teórico, una reflexión implícita sobre los dos conceptos claves de la política europea, nación y Estado.

En Alemania el proceso político ocurre en sentido inverso al de los países pilotos de Europa: en vez de lograr la integración política de amplios territorios, al haber fracasado en este esfuerzo de unificación en fechas que se revelaron demasiado tempranas, el imperio terminó por acomodarse al camino más fácil de asumir, cuando no incluso favorecer, la tendencia feudal a una dispersión siempre creciente del poder político. Alemania toma conciencia de ser una nación, bastante antes de poder constituirse en un Estado.

El acontecimiento que derriba el viejo orden imperial y, por consiguiente, marca el comienzo difícil y traumático de la Alemania moderna, es la Revolución francesa. No cabe exagerar la influencia enorme que la Revolución francesa tuvo sobre el acontecer intelectual y político de Alemania. Para entender el alcance del impacto que infringió la Revolución francesa sobre Alemania, hasta el punto de que de aquélla arranca su modernización, es menester tener en cuenta tres de sus rasgos fundamentales a comienzos del XIX:

A) El primero, que se deduce de la extrema fragmentación, es el enorme *atraso político*. B) Con el subdesarrollo político se suele poner en relación un segundo rasgo que tanto se puede interpretar causa como consecuencias de aquél, a saber, un retraso económico y social considerable respecto a las dos potencias europeas, Inglaterra y Francia. C) El tercer rasgo es el verdaderamente sorprendente, al no confirmar una vida cultural mortecina, que cabría esperar resultase de la convergencia de los dos anteriores, subdesarrollo político y socio-económico. La cultura alemana desde su brillantísima eclosión en la Europa ilustrada viene marcada por el hecho fundamental de haberse desarrollado en pequeños Es-

tados, que si bien permiten elucubraciones abstractas sobre todo lo humano y lo divino, no dejan espacio para la reflexión política concerniente a la realidad estatal en la que se vive.

### *De Bismarck a Hitler*

Es cuestión muy discutida por la ciencia histórica europea de nuestros días la de dar una explicación cabal para la ola de revoluciones que, originada en París, en la última semana de febrero de 1848, se extiende por Francia, Alemania, el Imperio austro-húngaro, hasta las fronteras del Imperio otomano, y por la Italia austriaca al resto de la península.

Para entender la evolución ulterior de la *cuestión alemana* resulta fundamental dar cuenta del fracaso de la revolución en 1848/49. El hecho es que los diputados que se reunieron en la Iglesia de San Pablo de Francfort —el primer parlamento alemán representativo, al menos, de las clases medias—, no lograron su doble objetivo de unificar a Alemania bajo la tutela de Prusia y crear un nuevo régimen político en el que los sectores empresariales y las clases medias profesionales se apoderaran o, al menos, compartieran el poder con la aristocracia.

Hoy, dentro de la corriente neoconservadora dominante, está en revisión hasta el carácter burgués de la revolución de 1848, tesis que, desde luego, no comparto, aunque el fracaso haya que explicarlo en buena parte por el distanciamiento creciente de la burguesía comercial e industrial, pero también de amplios sectores de la clase obrera y la mayor parte del campesinado de las reivindicaciones nacionales y liberales, de los círculos intelectuales y académicos de clase media.

La revolución de 1848 hay que considerarla fracasada, al no conseguir ninguno de sus dos objetivos: la unidad de Alemania y un régimen liberal-democrático. Desde la República de Weimar, la conciencia democrática no ha

cesado de imaginar cuál hubiera podido ser el destino de Alemania si las cosas hubieran transcurrido por los cauces esperados, combinando el crecimiento económico y la unidad nacional con el desarrollo de un sistema parlamentario que hubiera permitido en grado creciente participar políticamente al pueblo alemán. Si en 1848 se hubiera logrado la unidad nacional, además de haberse implantado en fecha tan temprana un régimen liberal-democrático, tal vez se hubiera podido evitar las dos catástrofes que constituyeron las dos guerras mundiales.

En el fracaso de la revolución del 48 se fija el origen del *camino particular* de Alemania que, en último término, daría cuenta del modo de plantearse distintos aspectos de la *cuestión alemana*. La revolución fracasada del 48 supuso una transformación del nacionalismo, vinculada en su origen a la idea de la *soberanía del pueblo* y que la revolución del 48, al extenderlo a la Europa central y oriental, al mundo germánico y eslavo, lo convierte en algo distinto, la *grandeza de la nación*. En estas décadas posrevolucionarias se resuelve a favor de Prusia la rivalidad mantenida con Austria respecto al control de Alemania. Una solución que integrase a todos los Estados germánicos resultaba imposible, mientras que Austria fuese dueña de un imperio multinacional que de ningún modo podía fundir con el alemán. Por tanto, objetivamente sólo cabía una solución «pequeño alemana» ('kleindeutsch'), y precisamente ésta era la única que no podía aceptar Austria.

Prusia está convencida de que la unificación de Alemania bajo su hegemonía ya es una fruta madura de la que depende el ulterior crecimiento económico. No cabe otra alternativa que ponerse al frente del proceso de unificación, sean cuales fueren los medios que hubiere que emplear para conseguir el objetivo a la mayor brevedad, o bien conformarse con decaer al puesto de segundo orden. Otra vez



**Ignacio Sotelo** (Madrid 1936) tras licenciarse en Filología Clásica y en Derecho por la Universidad de Madrid, amplió, a partir de 1960, estudios de Filosofía y Sociología en la Universidad de Colonia (Alemania), doctorándose en esta universidad en 1965. Desde 1973 es catedrático de Ciencias Políticas en la Universidad Libre de Berlín. Entre sus libros figuran *Sociología de América Latina*, *Del Leninismo al Estalinismo* y *El socialismo democrático*.

la suerte de Prusia es haber puesto al frente de su destino al hombre adecuado para llevar adelante operación tan arriesgada: el Junker ultraconservador Otto von Bismarck.

La proclamación del *Imperio alemán*, pese a que supusiese la hegemonía de Prusia y la exclusion de Austria, parecía nacido con tan faustos augurios que fue recibida con entusiasmo por la mayoría de la población. La *cuestión alemana*, en el meollo fundamental de constituir un Estado Nacional, quedaba resuelta. Alemania conseguía su unidad política y, ya superados los muchos inconvenientes de la fragmentación, po-

día lanzarse a un rápido desarrollo económico, social y científico.

Junto con la cuestión económica resuelta, el segundo *Reich* dio una solución original a la nueva cuestión que atemorizaba a las clases adineradas, y soliviantaba a las nuevas clases populares, la llamada *cuestión social*.

Podría pensarse que con la unificación de Alemania quedaba cerrada la *cuestión nacional*. Y en efecto, en el pensamiento y ulterior comportamiento político de Bismarck así fue. El objetivo principal de su política exterior fue intentar que la existencia de una Alemania unida resultase tolerable en el concierto europeo de naciones.

En 1945, nadie hubiera adivinado que el futuro de Alemania iría a consistir en perdurar en dos Estados, vinculado cada uno a un bloque enemigo. Las potencias vencedoras no se habían decantado todavía en bloques enemigos: no había comenzado la *guerra fría*, y aunque, *a posteriori*, predomina el empeño de mostrarla ya en embrión incluso antes de la derrota de Alemania, para así mejor cimentar su inevitabilidad, en 1945 no parecía ni siquiera verosímil.

Recalco lo obvio, porque ha corrido como moneda de ley durante los últimos 20 años que la división de Alemania había sido producto, o bien de la imposición soviética, o bien resultado de la segunda guerra, ambas igualmente falsas, que no aguantan el menor análisis crítico. En la inmediata posguerra nadie podía prever que la *cuestión alemana*, al menos, en una primera fase, se resolviera con la división de lo que había quedado del *Reich* en dos Estados soberanos que terminarían por ser reconocidos internacionalmente como miembros de las Naciones Unidas.

### *Dos Estados alemanes*

Desde 1945, la *cuestión alemana* se formula: ¿cómo se explica el que un racismo tan inhumano hubiera podido

enraizar en un país con tal tradición cultural y humanista? Lo que específica al nazismo como un fenómeno único es un racismo, que de mejor o de peor grado, impuso a sus aliados, y, sobre todo, el hecho de que lo practicara con todas sus consecuencias, sin retroceder ante el genocidio.

Hasta hoy esta última formulación constituye el meollo de la *cuestión alemana*, planteada en dos períodos con signo opuesto. En el primer decenio después de la derrota, el tema se centra en tomar conciencia del alcance del crimen, así como en determinar a los responsables de lo ocurrido. En un segundo período que se inicia en 1986 y que todavía no ha terminado, hay que dejar constancia de un hecho hartamente significativo, la revisión de la política de exterminio nazi salta de los escritos neonazis de extrema derecha a la pluma de historiadores instalados en la universidad con un prestigio académico considerable. El punto neurálgico de la tesis revisionista consiste en eliminar lo que hasta ahora se ha considerado la especificidad del régimen nazi y que exigía una explicación única: la aplicación indiscriminada de medidas de exterminio por criterios únicamente racistas.

La *cuestión alemana*, tal como se plantea en toda su radicalidad en 1945, pregunta por la *especificación del terror nazi*. Empezamos describiendo un «camino particular» hacia la modernización y terminamos descubriendo en la propia entraña de la moderna sociedad industrial, basada en el saber científico-técnico, formas inusitadas de deshumanización y barbarie.

Desde los años cincuenta se superpone a esta dura formulación de la *cuestión alemana* una segunda, en la que los alemanes de verdugos se convierten en víctimas: el enfrentamiento de las potencias vencedoras ha originado una nueva división de Alemania, esta vez por suerte sólo en dos Estados, aunque no falten los que siguen reivindicando los territorios al este del Oder y emplean para la Ale-

mania Oriental su antigua denominación de Alemania central. Pues bien, como es sabido, en los últimos 30 años se ha entendido por la *cuestión alemana* los muchos problemas que comporta la división de Alemania en dos Estados con regímenes socio-económicos y políticos opuestos, así como las vías posibles que se han concebido para alcanzar en «paz y libertad» —para utilizar la expresión de Adenauer que se ha mantenido constante en la política de Bonn a lo largo de los últimos decenios— la unificación de la nación alemana en un solo Estado.

Los soviéticos elaboraron su política alemana en la posguerra sobre dos supuestos que se iban a revelar falsos: el primero, que los norteamericanos terminarían retirándose de Europa; el segundo, implicaba la creencia de que no habría formas de contener el afán de unificación del pueblo alemán y que, por tanto, lo más inteligente era ponerse a la cabeza de esta demanda. Stalin estaba convencido de que las simpatías de Alemania irían a parar a aquella potencia que supiera defender la unidad de la nación. Pero una vez fundada la República Federal de Alemania, en mayo de 1949, a la URSS no le quedó otro remedio que dar un giro a su política y fundar la República Democrática Alemana.

Para la República Federal y para los aliados occidentales, por otro lado, la integración en la OTAN y en la CEE cumple, entre otras, la función de impedir que la URSS pueda ganar influencia sobre una Alemania unida, incluso sobre el mismo proceso de unificación.

Con la construcción del muro el 13 de agosto de 1961, que los EE. UU. no sólo toleran, sino que consideran como un elemento de estabilización, se abre un proceso que culmina en 1970 con los acuerdos cuatripartitos sobre el *status* de Berlín, que acaba con el último foco de conflicto en las relaciones entre los dos bloques en el

corazón de Europa. En Europa ya nadie duda que la división de Alemania está consolidada para un período largo de tiempo.

### *La unificación*

En un ensayo en el que rememoraba el primero de agosto de 1914, tal vez la fecha clave de la historia europea contemporánea, Arnold Zweig afirma que tal vez dos o tres personas en toda Alemania supieron que aquel día empezaba una nueva época de la historia europea. En cambio, cuando el 9 de noviembre de 1989, al caer la tarde, de manera confusa y precipitada, cada cual se enteró a su modo de lo ocurrido, nadie dudó de que empezaba una nueva época.

Hasta el verano del 89 la mayoría de los europeos compartíamos la opinión de que, por inhumano y vergonzoso que fuese el muro, cumplía una función pacificadora, al constituir un factor indispensable de la estabilidad de la RDA, y con ella de todo el bloque soviético.

En la discusión actual sobre la pérdida de legitimidad del Estado contemporáneo no se ha puesto énfasis suficiente en el papel que en este proceso desempeña la televisión. Con los matices que convenga me atrevería a formular que el potencial de cambio de una sociedad está en relación directa con el reflejo de la realidad que se perciba en su televisión. Sin ella resulta inexplicable la forma en que se llevó a cabo el cambio en la RDA, de la misma manera que el ascenso del nazismo no se entiende sin la profunda innovación que significó la radio en la comunicación social.

Al recalcar lo obvio, que lo ocurrido 1989 en la Europa del Este no hubiera sido pensable sin la «perestroika», no quita que ésta, a su vez, no haya venido impuesta por muy distintos factores internos, el fracaso rotundo de su sistema productivo es el decisivo, y externos, entre los que

el principal es la carrera armamentística con los EE. UU.

El papel de la URSS ha sido decisivo en la caída de los regímenes del Este. Hace un año era un conocimiento que se divulgaba con sordina; hoy es ampliamente reconocido por todos los políticos occidentales, en primer lugar por Helmut Kohl. Para poder entender lo acontecido, hay que partir de que la Unión Soviética, por altos que hayan sido los costos, no ha tenido otra opción que marchar por la vía de las reformas. El desorden alcanzado en la producción y la bajísima productividad no permiten barajar una alternativa a la «perestroika». El papel primordial que la URSS desempeñó en la subyugación de la Europa oriental lo ha jugado hoy en su liberación: como es natural, en ambos casos ha actuado según la percepción de lo que ha creído ser sus «intereses vitales».

El que en este escenario se haya acelerado de tal forma el proceso de unificación de Alemania se debe a la conjunción de muy diversos factores, unos de gran calado histórico, otros más coyunturales, otros, incluso, casi anecdóticos. La combinación de elementos tan dispares es lo que hace a la historia tan imprevisible, como explicable a la postre.

1. Entre las causas de mayor peso, la principal ya se ha mencionado: la Unión Soviética necesitó el desarme como condición indispensable para el éxito de la «perestroika».

2. A la debilidad soviética se suma la de la Alemania oriental. La situación económica y social de la RDA se mostró mucho más grave de lo que suponíamos atentos a estadísticas que se han revelado, en buena parte, pura invención.

3. A este hecho se suma el no menos decisivo de que la República Federal fuese la menos interesada en frenar esa sangría o en ayudar económicamente a un Estado que pretendía anexionar sin condiciones.

4. La República Federal es económicamente lo bastante potente para

imponer la unificación en el ámbito internacional, una vez que la Unión Soviética diese el visto bueno.

5. Otras razones son mucho más coyunturales pero no por ello menos significativas. El que el año 1990 haya sido un año electoral en la RFA ha contribuido a apretar el acelerador, ya que ningún partido, a excepción de los «verdes», quiso ser sobrepasado por otro en el empeño nacionalista.

6. Un papel importante hay que conceder también al factor personal: se comprende que el canciller Kohl haya estado obsesionado por el afán de aprovechar la oportunidad histórica de convertirse en el artífice de la unificación, si se quiere, salvadas las distancias, una especie de Bismarck de este siglo.

7. En fin, para dar cuenta de la prisa, Hans Dietrich Genscher ha empleado un argumento mucho más sutil, pero también más peligroso: en las actuales condiciones internacionales la unidad parece hacedera, mañana podría dejar de serlo. Perder una ocasión semejante es algo que el pueblo alemán no se lo perdonaría nunca.

La *cuestión alemana* después de la unificación de los dos Estados alemanes ¿puede considerarse resuelta? En el planteamiento específico que se plantea después de la división de dos Estados sí, aunque los problemas económicos son bastante más graves que lo que había hecho creer la propaganda electoral del CDU. Se han confirmado los pronósticos de Oscar Lafontaine que justamente por hacerlos preparó la derrota. Aunque el proceso sea más difícil y costoso, el proceso de igualación de las dos Alemanias parece irreversible, manteniéndose una del Este y otra del Oeste, como existe una Italia del Norte y otra del Sur, diferencias que ya existían en el siglo XIX.

Lo único que está claro es que las cuestiones no se plantean en el marco de la segunda posguerra, y que entenderlas exige una visión histórica amplia.»